

ARTE Y LITERATURA

Una tradición japonesa: el "Bushido"

Por JOSÉ M.º GARCÍA RODRÍGUEZ

EL título de este libro que se debe a la pluma del escritor japonés Inazó Nitobe, quiere decir «camino o guía de los caballeros», y es una obra de alta trascendencia para la formación espiritual de las juventudes. Debemos su versión castellana, con un acierto digno de todo elogio, al General Millán Astray, el fundador de la Legión, cuerpo que como es sabido recogió las más puras esencias de las virtudes castrenses. En realidad que nadie más indicado para la traducción realizada.

El «Bushido» es una tradición japonesa, una especie de institución caballeresca que obliga a una posición ante la vida. Esta posición está determinada por los cuatro votos que impone, a saber: la muerte, la fidelidad, la dignidad y la prudencia, simple enunciación que de por sí no puede dar una idea precisa de lo que la institución es. Si por ejemplo dedicamos unas pocas líneas al concepto que la muerte tenía el «samurai» y que se conserva en el «Bushido», nos encontramos con que la muerte obliga únicamente cuando es acto de valor, y significa el sacrificio inútil, por decirlo así, de la vida, en aras de más altos ideales. El «samurai» no se sacrificará nunca porque la simple desgracia le persiga. Seguirá luchando, seguirá haciendo cara a sus inmerecidos infortunios, hasta que una auténtica exigencia se le imponga. Y entonces no vacilará y buscará no solamente el sacrificio gallardo por lo que a la disposición de ánimo se refiere sino incluso la posición física decorosa para morir. El «Samurai» o guerrero japonés, atará sus rodillas para caer de frente y hacia delante conteniendo cualquier mueca de dolor, porque no cumple en su concepto del honor de caer de espaldas o quejándose de su infortunio. La misma mujer del «samurai» —no la geisha, mujer japonesa con la que no debe ser confundida— que debía saber y de hecho sabía el punto más vulnerable de la garganta para herir con acierto y precisión, con el puñal que siempre a previsión llevaba oculto, cuando lo exigiese la defensa de su honor, en ninguna ocasión se olvidaba tampoco de componer sus vestidos y de anudarse las rodillas para que la muerte la sorprendiese con una postura discreta y decorosa.

Con relación a ello, algunos célebres episodios de la historia japonesa que se intercalan en la narración, demuestran hasta qué punto se había llegado en el concepto caballeresco de la vida y en el valor frente a la muerte. Pasma sobre todo aquel niño de ocho años que con sus dos hermanos mayores fué condenado a muerte, porque el exterminio de toda la línea de varones de la familia había sido decretado por intentar vengar contra un general—con razón o sin ella—una ofensa inferida a su padre. Sus hermanos le pidieron que muriese el primero para tener ellos la seguridad de que había muerto como correspondía a su honor, y él pidió morir el último, porque viéndoles a ellos supiese como hundirse el puñal en las entrañas para el harakiri...

La doctrina sin cuerpo escrito, se transmite de unos a otros, y si antes estuvo reducida a la clase de los guerreros, toma hoy una difusión que informa toda la vida del pueblo japonés. A ello debe su pujanza, su destacada posición en el concierto universal de las naciones, y sin duda alguna el éxito bien reciente de las difíciles luchas a que se ha tenido que ver la nación sometida para salvaguardar su honor y su espacio vital. El «Bushido» pesa entre la técnica moderna, con esa supremacía de variación y de adaptación que a cualquier difícil circunstancia impone la máquina del corazón hu-

mano, en definitiva el primer y principal pilar en que se ha de apoyar cualquier organización guerrera que pretenda hacer práctica y con probabilidades de éxito la actividad defensiva u ofensiva de un Estado. Esta principal importancia del libro no ha escapado al fino sentido práctico del General Millán Astray, que encomienda a sus lectores la difusión de la obra —compendio de una vital doctrina ascética y heroica— haciendo que sea leída por jóvenes de ambos sexos para que cumpla una auténtica misión muy superior a sentirse aprisionado entre las cuidadosas encadenaciones de una selecta biblioteca.

Cualquier ímpetu heroico que la obra despierte, muy superior será, infinitamente al egoísta interés de una conservación mezquina.

MODA Y ESTILO

Infinidad de veces hemos oído aquel refrán de que «el vestido no hace la figura» y, fuere la que fuese la conversación en la que se empleaba, siempre nos ha parecido algo absurdo o, más concretamente, un criterio extremadamente exagerado. No queremos nosotros decir que el vestido determine la personalidad, ni mucho menos, pero sí que el traje tiene máxima importancia en el individuo. Si no determina la personalidad, la exterioriza. Si no hace la figura, la representa.

Excelentes escritores se han preocupado de la significación del vestido y de la moda, entre ellos son de destacar Simmel, el cual ha escrito un ensayo titulado «Filosofía de la moda» y Gregorio Marañón, que ha señalado en el traje un elemento de diferenciación jerárquica y social.

Pero cuando decimos que el traje exterioriza la personalidad no nos referimos, claro está, a que el vestido caro y el cambio continuo de traje sea precisamente un exponente de superioridad y valoración, sino muchas veces demostración de falta de individualidad, y sólo una ostentación de riqueza pecuniaria, que no tiene ninguna trascendencia en el contenido espiritual de la persona que es lo que en concreto tratamos. Igual ocurre con la moda: ser un esclavo de la moda es siempre testimonio inequívoco de vulgaridad y de carencia de contenido interno propio. Mucho se ha dicho sobre la moda pero hay una definición que casi se ha convertido en tópico, que expresa bien claramente el sentido trágico de ésta: «moda es el gusto colectivizado.» Por regla general la falta de una íntima independencia lleva a la idolatría de la moda. Menesterosos de personalidad, quieren adquirir ésta por medio de una exageración de las tendencias de la moda: si se llevan americanos largos usarán semigabanes, si cuellos altos los que emplearán les llegarán a las orejas. Como las normas de la moda no todos pueden cumplirlas simultáneamente, ya que para ello se necesitan medios económicos, el esclavo de la moda se sentirá personalizado, elevado sobre los demás por una verdadera individualidad; pero esa individualidad unas veces significará distintas posibilidades pecuniarias y siempre ampliación cuantitativa de elementos que son comunes a la masa, a todos los individuos como colectividad.

GENTE DEL IMPERIO

LOS HOMBRES DE PIZARRO

ERAN unos doscientos, tres más o menos. Gente de por aquel entonces en que siempre había una empresa donde dejar los huesos. Hechos ya a todas las peripecias de la vida y a todas las judiadas de la fortuna y de la mala pata, les importaba un pito las tremolinas que se pudieran echar encima. Al fin de cuentas, pensaban,—la salida de costumbre—lo que más podía pasar es que los enchiquerara el diablo antes de tiempo. Pero, ¿y si le daba la tarantela a la suerte de jugar a pares y acertar la carta? Porque el señor don Francisco sabía lo que se pescaba y no era un tarambana con mala sombra. Cédulas tenía del mismo rey para tirar adelante la cosa, y «cuando el cura manda repicar, cuenta le tendrá». Sería saltar del banco a la popa. Volverían luego a España—los que volvieran con más oro que fanfarria tenía el rey de Francia; que ya eran muchos los trasudores pasados por esos mundos de Dios con una pica a cuestras y el verde tantas veces a la necesidad su cara de hereje. Se presentarán en sus

tierras más lindas que Silico, con su calzon de terciopelo morado o rojo, acuchillado, largo de escaramuza y farrado en tela de plata. El jubon de tela de oro colado de ante, con un bravato pasamanero de tres dedos de ancho. El sombrero muy galán, bordado y bien aderezado de plumas, y una espada toledana de encargo. Luego los hidalguillos descosidos con guantes y calzas atacadas que no servían para chinchá ni para albarda, les tratarían con más cortesía que indio mejicano; que cuando tiene dinero ¡qué lindo es Pedro! Y que a costa de su pellejo Francisco Esteban fué guapo.

Debió de dar gusto ver aquel puñado de valientes en la plaza de Panamá, con sus cuatro mal contadas docenas de caballos, tres cañocillos, oyendo la arenga de Pizarro—seco y ardiente como su tierra de Extremadura. Se trataba tan sólo de ir a ganar un reino a punta de espada. Ir a ganar un reino con doscientos veinte hombres, tres más o menos, como quien dice ir a la esquina de enfrente a echarse entre pecho y espalda unos cuartillos de tinto o ir de feria a correr gallos o a jugar un partidón de pelota.

«¡Cosas veredes, oh Cid...!»

Y lo mejor del caso es que, desde el primero hasta el último, estaban convencidos de que se bastaban y sobaban, no para conquistar un reino, sino para meter en cintura a las Américas que hicieran falta. Allí todos estaban ya bautizados con fuego, y el andar a la droga de las armas les venía como al Santo Oficio tempiar herejes. Quien más y quien menos estaba harto de hacerle barriabasados al diablo por aquellas tierras de Italia, donde si se tuviera que pagar la gloria, aunque fuera a real la muestra, no tendría dinero suficiente el rey de España en todas sus provincias para abonar tal cuenta, ni ellos tendrían necesidad de meterse entre belenes de ninguna clase. Era gente de guerra, y ya está dicho todo. Gente sin melindres y sentimentales tontos como los de aquel alcaide de Totana que murió de pena porqué a un vecino suyo le sacaron corta una camisa. Sabían de sobras que el día menos pensado, cuando estuvieran más tranquilos los pillaría por delante Pedro Botero para echar juntos las cuentecillas que tuvieran pendientes. Para irse al otro barrio, si llegaba el caso, como manda la Santa Madre Iglesia —previsores que eran— se llevaron unos frailecillos que llamaban por vicio «benditos de Dios», y que no eran tan benditos que digamos; porque si bien sabían cumplir con sus hábitos, tanto mejor sabían cumplir con su sangre de españoles, y, cuando era preciso, echaban mano a una espada y se reían de los libros de caballerías. «Verbum dulce multiplicat amico»... pero el que se hace cordero, lobos se lo comen.

Con hombres así se podía ir a todas las partes que fuera preciso ir. A la primera de cambio se les cargaron treinta y pico. Y ellos tan ternes. Cayeron más. Otros se quedaron por aquellas tierras desoladas sin agua, sin hierba y con el sol a cubos sobre las costillas. Los caballos estaban flacos como perrillos de saltimbanquis. Muchos iban heridos — las camisas se rasgaron para vendas — de las trifulcas que un día sí y otro también tenían que aguantar con los indios dichosos. Pero ellos tiraban adelante, esqueléticos, achicharrados, con ojos grandes de fiebre y de hambre. «Un cuero curtido de ternera, bien cocido y unos puñados de hierbas fué la comida de tres días»; ¡que ya es echar de lampá! Pero a trancas y a barrancas, con sudores y con trasudores, aguardando a cada momento dejar clavado el corazón en las estacas de la empresa, se ganó todo lo que se tenía que ganar, y más que hubiera habido. ¡A fe que no a humo de pajas ni a santo de lindezas fué capitán aquel don Francisco Pizarro! Y a fe también que fueron bravos de verdad los hombres que llevó consigo. Gente de por aquel entonces en que siempre había una empresa donde dejar los huesos.

C.

MANUEL VELA GIMÉNEZ